

MI ARMA FELI MI PASO

Paso a diario viendo ciudades,
a lo lejos



VALENTE EN ITALIANO:
«POESIE 1953-2000», UN EJERCICIO DE EXTRAÑEZA

Pietro Taravacci

Quien se dispone a traducir un texto poético siempre se encuentra entre dos polos de atracción, esto es, por un lado, la necesidad de traducir después de haber conocido en profundidad toda la obra de un poeta, y, por el otro, el impulso a entregarse enseguida a una «ejecución» del texto, o sea, a su sonido, su ritmo, en una deconstrucción y reconstrucción inmediatas de sus elementos semánticos. En el caso específico de mi tarea de traductor de la primera antología italiana, de unos 140 poemas, de José Ángel Valente (*Per isole remote. Poesie: 1953-2000*, Pesaro, Metauro, 2008), tuve que mediar entre estos dos polos, aceptando la traducción

HOMENAJE A JOSÉ ÁNGEL VALENTE 1929 - 2000

como conocimiento «en acto», que se realiza, más que nunca, a través de aquella «escucha» del poema de origen, de la cual nos ha hablado varias veces Andrés Sánchez Robayna. La difícil tarea del traductor de Valente no procede tan sólo de la resistencia que cada poema presenta a cualquier codificación y decodificación certera y a mostrarse en una perspectiva verdaderamente cronológica, ni tampoco, solamente, de la dificultad que el traductor tenga para encontrar, en su propia lengua y en la tradición poética de su país, recursos e instrumentos lingüísticos para interpretar la «partitura» original. De hecho, lo que se le impone es la necesidad de aceptar la misma escucha de la palabra, la misma experiencia cognitiva que el lenguaje poético solicita, excluyendo cualquier dato previo.

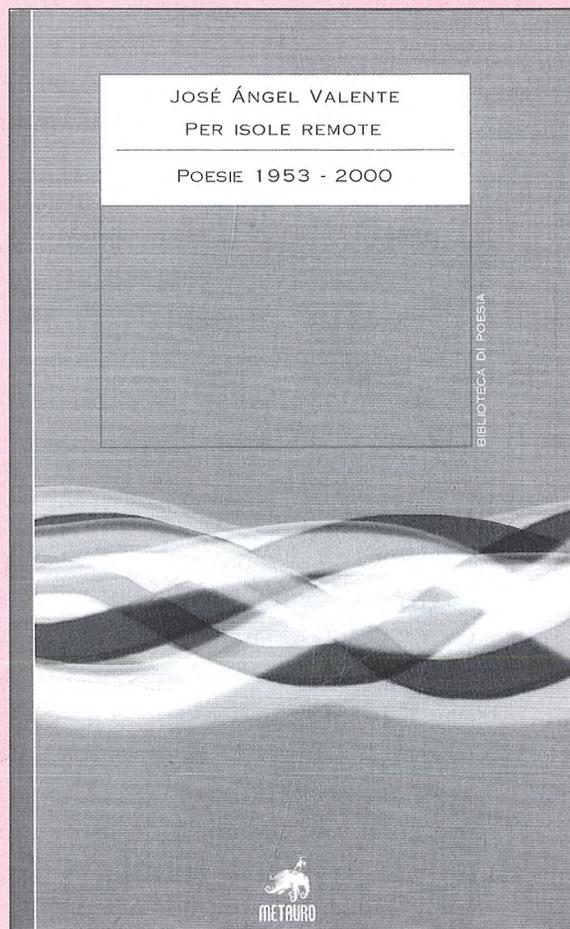
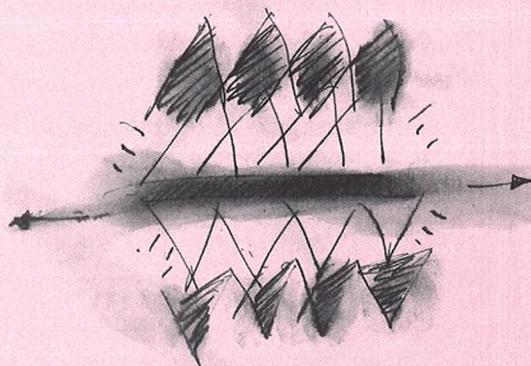
Intentaré aquí detectar los rasgos fundamentales de esta experiencia de traducción, cuya cifra me ha parecido ser el término de «extrañeza», que me propongo explicar seguidamente. En principio, *extrañeza* se usa aquí como una *vox media*, a la cual se pueden atribuir varios significados: el de las *ínsulas extrañas* de san Juan de la Cruz, los de *étrangeté* y *différence* utilizados por Maurice Blanchot en su ensayo «Traduire» (*L'amitié*, Paris, Gallimard, 1971), y el propiamente valentino (que deriva de Juan de la Cruz, aunque sin identificarse del todo con este sentido), que pasa por la imagen de la poesía, y del arte en general, como *retracción*, y por el concepto de aniquilación del sujeto lírico. Además, el término *extrañeza* contiene el asombro del lector-traductor de Valente frente a su poética de la *desposesión*, y remite a la labor interpretativa y sobre todo traductora que cada antología poética supone, pero ajustando —en este caso— tanto la interpretación como la traducción a una perspectiva hermenéutica lo más cercana posible a la idea de poesía y de escritura poética del propio Valente.

En primer lugar, huyendo de los dualismos que tradicionalmente acompañaban las reflexiones sobre la traducción (en una perspectiva, en palabras de Berman, «etnocéntrica») mi experiencia de traducción de Valente es indisoluble de la experiencia de lectura e interpretación de esa obra; aunque siempre queda la necesidad en el traductor de esconder, o acoger, en la palabra elegida entre muchas, y por eso definitiva, las dudas sustanciales, las aporías del lector y del crítico.

Al emprender esta traducción asumí cierta responsabilidad al ser el primero en proponer una antología en italiano de la entera obra poética de Valente (antes sólo había algunos poemas sueltos traducidos en antologías de poesía española, y otros en revistas, vertidos por Giovanna Calabrò, Giorgio Cerboni Baiardi, Pietro Civitareale, Gabrielle Morelli o Alessandro Ghignoli, además de otra traducción mía, con Julio Pérez Ugena y Giovanni Marchetti, de «Cómo se pinta

un dragón», en la revista *La Questione Romantica*, 1996; en 2005 y 2009 aparecen *Il fulgore* y *Tre lezioni di tenebra*, en traducción de M. A. Cuevas, en *Il Girasole*, y en 2010 una breve antología, *Poesie scelte*, en versión de Francesco Luti, Mauro Pagliai Editore), y por mi conciencia o sensación de que el lector italiano tenía y tiene una particular imagen de la poesía española del siglo XX, condicionada por la tradición de las relaciones culturales entre los dos países y dominada por los poetas de la generación del 27, todavía considerados en Italia como prototipos de la modernidad poética en España.

Todo esto conllevaba cierto grado de incertidumbre en cuanto a la recepción de la antología misma, como propuesta cultural. Sin embargo, esta incertidumbre fue vencida por varias circunstancias: la necesidad de dejarme llevar por la *étrangeté* de la poesía de Valente (acogiendo en mi experiencia toda la «ingravidez y excepcionalidad» de su lenguaje poético); la necesidad de respetar el *rhythmós* (concepto estudiado por Benveniste, Meschonnic, Mattioli y Buffoni) que se advierte como único en Valente; y, finalmente, por la necesidad de prescindir (según sugiere Benjamin en «La tarea del traductor») de un lector determinado, respondiendo a una especie de «petición» del texto para ser traducido. A posteriori puedo decir que mis dudas sobre la acogida de Valente en Italia no tenían fundamento, pues las reseñas concordaron en el hecho de que



HOMENAJE A JOSÉ ÁNGEL VALENTE 1929 - 2000

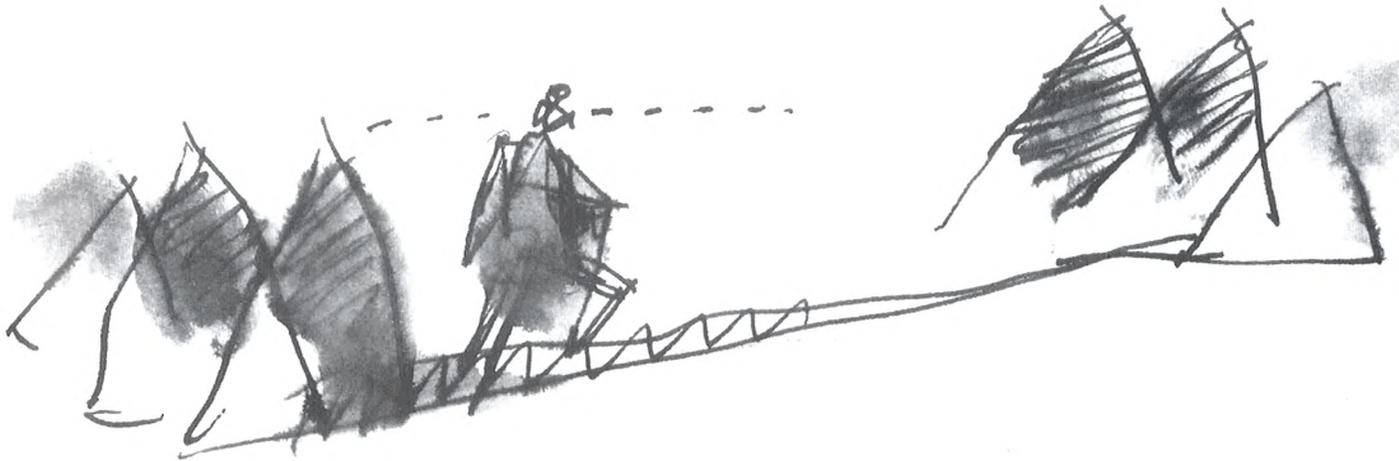
por fin había llegado una antología de su poesía, que se venía esperando desde hacía mucho tiempo.

La extraordinaria *étrangeté* («extrañeza») que se advierte en la poesía de Valente procede ante todo de su musicalidad esencial y sobria, de su ritmo y de la exactitud de su palabra, y también de la sustancia del *verbum absconditum* de esta última. De allí desciende el carácter dinámico de la obra de arte, entendido éste en los términos establecidos por Blanchot y por la teoría del movimiento del lenguaje (la *Sprachbewegung*) de Friedmar Apel. Carácter dinámico que se le depara en seguida al traductor de la obra del poeta orensano, debido a varios factores de su poética: la huida de las tradiciones y convenciones poéticas castellanas, en particular las del simbolismo y el modernismo; el movimiento hacia el centro de la palabra, movimiento que expone el lenguaje de Valente a una continua aunque nunca previsible *mise en abîme*; el ininterrumpido diálogo intertextual con las voces afines, esto es, los «poetas de la meditación» (en primer lugar, españoles como Antonio Machado y Cernuda y, cada vez más, poetas extranjeros) que forman el verdadero «avantexto» de la poesía de Valente. Además de estos, hay otros factores que determinan el dinamismo lingüístico de la obra de Valente en la perspectiva del traductor italiano: la conciencia de la fragilidad o insuficiencia de la palabra poética para representar su afán cognitivo, su dimensión germinal, y la conciencia, a la vez, de que la palabra del poeta, como la del místico (según observa el propio Valente a propósito de Molinos), es, finalmente, una «invitación a la experiencia» y un «descubrimiento compartido». Y el traductor es el primero en aceptar esta *invitación* a compartir la palabra del poeta, a entrar en su dinámica, aceptando su *étrangeté*.

Esta conciencia inicial hizo que me pareciera definitivamente obsoleta la imagen de un Valente al que las historias literarias todavía comparan con los poetas de su misma generación, los del realismo social, o la de un Valente que se opone totalmente a ellos; porque, de hecho, hay un punto de encuentro entre el afán experiencial, fenomenológico, vivido por el poeta en la escritura, fuera del tiempo histórico y del sujeto lírico, y su estar en la modernidad, en el tiempo de la historia (rasgo que en la generación de los cincuenta se reconoce como preponderante). Ese punto es la experiencia de la memoria, obsesivamente solicitada, memoria como progresivo *descensus*. Descenso, bajada: a las ruinas de su España presente; a la sustancia de un tiempo arquetípico (casi mítico, junguiano), a la materia germinal de la cual procede el hombre, al centro de la palabra; al denso silencio de lo que precede a la palabra, a la «antepalabra». Un descenso, finalmente, a «le antiche memorie del nulla», a la nada.

Mi alma fue mi paseo

Paseo a diario viendo ciudades
a lo lejos



Mi «llamada» a la traducción de Valente por fin fue confirmada por la lectura de sus ensayos. En Valente, poesía y reflexión son dos manifestaciones de un único acontecimiento cognitivo y una única experiencia ontológica (la cita de Wallace Stevens al frente de *Las palabras de la tribu* es cifra de este *Ursatz*, de este único esfuerzo de Valente para ingresar en el «movimiento primario» del Universo). Así que, desde el principio, traducir a Valente ha significado aceptar una experiencia donde aparecían dos elementos opuestos. Por un lado, la necesidad de aceptar su distancia desde el *hic et nunc* de la historia, lejos del lenguaje de muchos poetas de la tradición más cercana, pero en compañía de una constelación de voces afines a la suya, las voces de los ya mencionados *poetas de la meditación* (algo parecido al afán regresivo de los simbolistas, pero aún más *radical*, llevado aún más a sus orígenes); por el otro, asomarse a una voz totalmente nueva, a una palabra presente que convoca una forma nueva, futura, a través de la rememoración de lo primigenio y auroral, de lo ausente, de la misma nada.

La traducción de Valente, pues, en mi experiencia, ha coincidido con una estrategia hermenéutica de su propia poesía y al mismo tiempo con un impulso nuevo a «frecuentar» la poesía, en general, a través del acto traductor. A esta experiencia me ha invitado la misma actividad de Valente como traductor, de la que da testimonio su *Cuaderno de versiones* (2002). Valente confirma allí una sustancial

VALENTE EN ITALIANO: «POESIE 1953-2000», UN EJERCICIO DE EXTRAÑEZA

Pietro Taravacci

HOMENAJE A JOSÉ ÁNGEL VALENTE 1929 - 2000



afinidad entre creación poética y traducción, equiparación que el poeta confirma en sus poemarios, y que, en términos generales, se puede resumir bajo el sintagma de Bonnefoy «la communauté des traducteurs». En su *Cuaderno* el poeta español traduce textos de los autores con los cuales ha ido dialogando a lo largo de toda su vida, poetas con los cuales advierte una sustancial afinidad, con los cuales entra en una especie de competición, sacándolos de sus lenguas originales y llevándolos a sus lenguas (castellano o gallego) para penetrarlos o dejarse invadir por ellos. Sin embargo, nos gusta recordar que Valente no accede a la «ansiedad de la influencia», mecanismo típico de la creación poética de raigambre romántica, estudiado por Harold Bloom, porque, como observa Julián Jiménez Heffernan (*Los papeles rotos*, Abada, 2004), el poeta gallego no se deja influir por sus poetas (Donne, Keats, Hopkins, Dylan Thomas, Montale, Cavafis, Celan, Jabès, entre otros), sino que «se influye en ellos».

Todo esto realiza un movimiento dialógico en el *poièin* de Valente, donde crear y traducir son dos facetas de un mismo proceso cognitivo, epifánico y creador. En mi papel de traductor de Valente fue importante subrayar este movimiento dialógico en su poética, que le empujaba, como observa Rodríguez Fer en su prólogo a *Cuaderno de versiones*, a «apoderarse [...] de lo admirado», donde la «versión» es una etapa de la creación; porque esta experiencia y este concepto de Valente acogen la necesidad de la versión, del *vertere* en todos los sentidos contenidos en el étimo latino, incluyendo el de «dirigirse a» y, en su forma reflexiva, transformarse en algo distinto de sí mismo. Esta compleja idea del traducir no podía quedar totalmente escondida en mi experiencia de traductor.

Entrando en la sustancia de los textos poéticos de Valente, mi experiencia de traducción me presentaba, a cada verso, la necesidad de escuchar una voz, de aceptar y asimilar una palabra y, por ende, una poética que *anda en lo oscuro*, que ansía continuamente «restituir la verdad al logos», anhelando continuamente su primer susurro. En otras palabras, como traductor tuve que asimilar la conciencia «poiética» del *corto dire* dantesco, de la *cortedad del decir* sanjuanista, o sea, de la insuficiencia del decir, en una creciente dialéctica con las voces afines a la de Valente, voces de tradición meditativa, hermética, metafísica y mística. Ya dentro de esta dimensión, me encontré progresivamente más atento a captar y tal vez evocar los silencios que la preceden y la acompañan, y he madurado una general sensación de insuficiencia del lenguaje de llegada, de mi italiano que, a pesar de ser lengua cercana, siempre proponía cierta rigidez del signo poético frente al fluir sémico del espacio silencioso que precede a la palabra de Valente, frente al espacio virginal que el poeta evoca o añora.

HOMENAJE A JOSÉ ÁNGEL VALENTE 1929 - 2000

En primer lugar, se me presentó el problema de alejarme de una tradición lírico-mélica italiana que necesariamente estaba y está en mi oído de lector de poesía italiana, la necesidad de dejar atrás todo aparato de la *imagérie* tradicional, especialmente la más autorizada —la de procedencia petrarquista—, así que me encontré obligado a alejarme de las convenciones de cualquier *langue* poética para entregarme totalmente a la *parole* valentiana, que es voz que desconfía totalmente de cualquier elemento o experiencia instrumentales. En esta dimensión, «la tarea del traductor» se me presentó como la de compartir la «sustancialidad» de la palabra poética, que es, en primer lugar, presencia de una ausencia (desde el principio hasta el final de la obra de Valente).

Este programa interpretativo me hizo muy cauto con cualquier *adiectio* y *transmutatio*, muy atento a la *detractio*, siguiendo la idea que explicitó Miguel Ángel en relación a la escultura, de quitar lo que sobra, lo superfluo, para encontrar la forma (algo parecido, *mutatis mutandis*, al concepto estudiado por Anne Ubersfeld acerca de la lengua del teatro, *langue trouée*). Asimismo, la lengua de los poemas de Valente me parecía una lengua «horadada» en cuanto lengua poética, lengua de la escucha, es decir, desprovista de las reflexiones lógicas y de cualquier control intelectual o literario. De hecho, ninguna otra experiencia de traducción como esta me ha permitido ver tan directamente la obsolescencia de la perspectiva teórica «dicotómica» (que ha dominado en la traductología) que opone belleza a fidelidad, *source* a *target*, cuerpo a alma. Ningún poeta me ha acercado tanto a la idea de una traducción que es *Sprachbewegung*, movimiento (y movimiento incierto en cuanto experiencia imprevisible) de la palabra poética.

Ningún poeta como Valente me ha dado la clave para entender el acto hermenéutico ínsito en la traducción misma, para aceptar la idea de una palabra que puede y acepta ser «incomunicación». Para representar la extrema fragilidad del instrumento al cual tanto el poeta como el traductor se entregan me parece oportuno citar estos versos extraídos de su poema «Sobre el tiempo presente» (de *El inocente*):

Con lenguaje secreto escribo,
 pues quién podría darnos ya la clave
 de cuanto hemos de decir.
 Escribo sobre el hálito de un dios que aún no ha tomado forma,
 sobre una revelación no hecha,
 sobre el ciego legado
 que de generación en generación llevará nuestro nombre,

que, en mi traducción, suenan así:

Con una lingua occulta scrivo,
perché chi ci può dare ormai la chiave
di quanto si ha da dire.
Scrivo sul soffio di un dio che non ha preso forma ancora,
su di un'epifania mancata,
su un cieco lascito
che da una generazione all'altra porterà il nostro nome.

A partir de estas premisas (que remiten a una serie muy larga de reflexiones sobre la experiencia del traductor, que en mi caso empiezan por Benjamin, pasando por Octavio Paz, George Steiner, Antoine Berman e Yves Bonnefoy, y llegan a Henri Meschonnic, Friedmar Apel y Franco Buffoni, entre otros) he ido siguiendo, a través de la traducción, una línea interpretativa de Valente que tiende a encontrar los elementos fundamentales y fundantes de su poesía, sin desconocer sus evoluciones y sus fases compositivas a lo largo del tiempo. De hecho, lo que ha evolucionado es mi conciencia crítica de la obra de Valente, que va desarrollándose cada día y que hoy, tal vez, me empujaría a traducir de otra forma lo que ya he traducido.

Uno de los criterios utilizados en mi selección fue, sin duda, el de seguir a Valente en su camino de aniquilación del viejo sujeto lírico (que él tachó de «impudicia») y su búsqueda de las raíces de la palabra, para llegar a aquel lugar donde la escritura anula toda certeza, como observa Jacques Ancet, «para entrar en un lugar sin lugar de lo desconocido y de lo informe, el único lugar capaz de engendrar una palabra verdadera» («La voz y el dolor», en *En torno a la obra de José Ángel Valente*, Madrid, Alianza, 1996). Mi línea interpretativa me ha llevado a elegir en cada poemario los poemas que más evidentemente dejaban aflorar la conciencia de este proceso, privilegiando tal vez los poemas metapoéticos.

He compartido, con Bonnefoy, el objetivo de «preservar la poesía» en la traducción, esto es, la palabra poética del original, no tanto por lo que significa sino más bien por lo que «muestra» y por lo que es en cuanto «palabra materia», según la intención del propio Valente. Respetar la *différence* de su lenguaje ha significado convocar su «ritmo» sustancial, su cuidado verbal, el «rasgo diferencial» de su misticismo. Por eso he intentado «repetir», en sentido etimológico, la misma abstracción, la misma extrañeza de la palabra poética que llevaba a Valente a rechazar cualquier culto de la metáfora.

HOMENAJE A JOSÉ ÁNGEL VALENTE 1929 - 2000

Concluyendo estas breves observaciones sobre mi traducción de la poesía de Valente como «ejercicio de extrañeza», quisiera dar un ejemplo de mi trabajo a través de algunas observaciones sobre mi traducción de uno de los poemas («Arco de triunfo», perteneciente a su poemario póstumo *Fragmentos de un libro futuro*) donde he intentado reproducir una nueva forma rítmica (típica del último Valente) que parece huir de cualquier gravedad para entonar una música que sepa albergar la más absoluta conciencia de la nada, junto a una inusual y dulce fragilidad del ser humano que, en el acto de su definitiva desposesión, ofrece a la palabra una inédita belleza.

TAL vez en el sediento, oscuro, rápido
deshacerse del día
te has ido transformando en otra cosa
límitrofe de ti,
no tú.

No vuelves
a encontrarte
si regresas a tientas
al cuerpo que tuviste,
al lugar donde ardiera
hasta el blanco del sueño
el hierro del amor.

Depón tu rostro
que ahora desconoces.
Deja huir tus palabras,
libéralas de ti
y pasa lentamente,
desmemoriado y ciego,
bajo el arco dorado
que arriba tiende el anchuroso otoño
como homenaje póstumo a las sombras.

(Arco de triunfo)

FORSE nell'assetato, oscuro, rapido
dissolversi del giorno
sei andato trasformandoti in altro
confinante con te,
non tu.

Non riuscirai
a trovarti
se ritorni a tentoni
al corpo che hai già avuto
al luogo dove ardeva
fino al bianco del sogno
il ferro dell'amore.

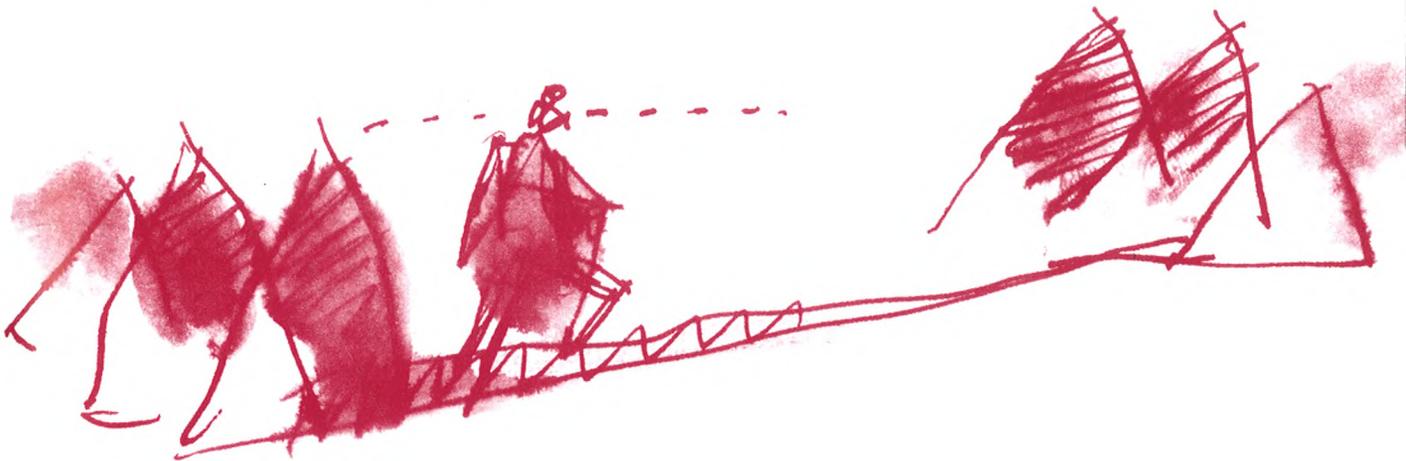
Deponi il tuo volto
che ora non riconosci.
Lascia le tue parole
fuggire via da te
e passa lentamente,
senza memoria e cieco,
sotto l'arco dorato
che in alto tende lo spazioso autunno
come postumo omaggio alle ombre.

(Arco di trionfo)

El traductor no puede substraerse a la misma experiencia abisal vivida por el poeta. Por eso, extrapolando tan sólo uno de los muchos lugares en los que he

Mi alma fue mi paseo

Paseo a diario viendo ciudades
a lo lejos



intentado no perder en la traducción la íntima comprensión de Valente, quisiera aludir a la labor que me ha llevado a la presente traducción, sin pretender que esta sea la mejor. Los dos heptasílabos —nada problemáticos en sí mismos— «deja huir tus palabras, / libéralas de ti», en mi esfuerzo hermenéutico-reproductivo han llegado a ser casi el paradigma de una palabra que confirma (en su perfecta *mise en abîme*) el sentido de una nueva libertad que el poeta, una vez más, le promete y le concede, entregando su más auténtico significado a su mismo ritmo musical. La sobriedad del heptasílabo, el ritmo del anapesto que recoge la súplica del poeta, el orden paratáctico de las dos proposiciones y el pronombre enclítico en el verbo «libéralas» se me han presentado todos como elementos de una nueva entonación poética, que era imposible reproducir en una traducción literal. Por varias razones: la cantidad silábica del italiano *fuggire* frente al español «huir», el menos ligero posesivo italiano (*le tue parole*, frente a «tus palabras»), la distinta posición del acento en la exhortación *liberale* (con acento en la primera sílaba, que altera el ritmo de los versos) en lugar de «libéralas». En casos como éste, en seguida el traductor advierte que el mantenimiento de la pregnancia semántica del original —a la cual contribuyen todos aquellos elementos morfosintácticos, prosódicos y rítmicos que dan forma y sonido irreplicable a la obra poética— es casi imposible y la traducción conlleva más de una renuncia. A las primeras traducciones («Lascia che le parole / fuggano via da te» y «Lascia andar le parole, / liberale da te»), he

HOMENAJE A JOSÉ ÁNGEL VALENTE 1929 - 2000

preferido «Lascia le tue parole / fuggire via da te», porque en un nivel semántico (procedente de la misma morfología de los dos versos) me ha parecido que solamente con subrayar el posesivo en *le tue parole* se daba relieve a la definitiva separación de las palabras del sujeto implícito, aquel «tú» en el cual el poeta se proyecta a sí mismo, y nos proyecta a nosotros. Y también me ha parecido que la conjunción *che* de la primera traducción introducía una subordinada no prevista en el original. Por fin, respetando el estilo muy llano (y al mismo tiempo sublime) del poema, he descartado la forma italiana *andar*, de la segunda traducción, que hubiera adolecido de arcaísmo y afectación, ausentes en el poema de Valente. Así pues, me parece que la solución adoptada (aunque haya renunciado al verbo «libéralas», con el cual el poeta invita a franquear aquellas palabras que, a su pesar, eran suyas), aplazando al segundo verso el verbo *fuggire* y añadiendo el deíctico *via*, puede recuperar aquella fluidez rítmica, o calidad sonora, y aquel aliento que el poeta, en un último acto de amor y de total desposesión, le concede a la palabra para que acceda, ella también con una inédita y total libertad, al esplendor de aquella sombra de quietud que Valente vislumbra para sí y ofrece a la humanidad.